

LOS DISCURSOS DE LA CORONA EN LAS CORTES DE MONZÓN DURANTE EL REINADO DE CARLOS I. ATEMPORALISMO Y CRÓNICA

Emilia Salvador Esteban
Universidad de Valencia

La proposición o discurso del rey en la apertura de Cortes

regularmente se reduce al amor con que ha deseado visitar tan fieles, y leales vassallos para favorecerles, y hazerles merced: al zelo que le assiste de remediar los abusos, y desordenes que el transcurso del tiempo huviere introducido, assi en la administracion de Iusticia como en el gobierno; y de concederles saludables fueros, y à darles à entender las necessidades publicas, para que le sirvan con lo mas que pudieren en defensa de sus Reinos, conservacion de la Monarquia, y gloria de la Fè Catolica.

Así se expresaba el ilustre jurista Lorenzo Matheu en el último cuarto del siglo XVII, al referirse a las legislaturas valencianas, de la última de las cuales —la de 1645— fue testigo presencial¹.

A una acumulación de información por parte del Estado, se corresponde una devolución de esa información a la sociedad con el objetivo de conectar con la opinión pública;... Esa información a la opinión pública se hará por vía oral — los discursos de la Corona ante las Cortes—, por vía escrita —las Cartas regias a personalidades y a cabildos municipales— y por vía impresa —los libros y las hojas volanderas—.

Este es el criterio formulado tres siglos después por dos historiadores actuales, Manuel Fernández Álvarez y Ana Díaz Medina, sobre las proposiciones de las Cortes de la monarquía hispánica en general².

¹ MATHEU Y SANZ, L., *Tratado de la celebración de Cortes generales del Reino de Valencia*, Madrid, 1677. Edición facsímil (Valencia, 1982), V, 10 y 11, p. 47.

² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. y DÍAZ MEDINA, A., *Los Austrias Mayores y la culminación del Imperio (1516-1598)*, Madrid, 1987, p. 235.

He aquí dos opiniones bien dispares sobre el sentido de las proposiciones re-
gias, que van desde la consideración de las mismas como un acto meramente pro-
tocolario, reiterativo y atemporal, reducido a la simple declaración de buenas in-
tenciones y encaminado a la obtención de un servicio, hasta su valoración como
principal vehículo de transmisión oral entre la monarquía y la opinión pública,
representada en este caso por los integrantes de los distintos brazos concurrentes
a Cortes.

Para tratar de dilucidar el porqué de estas divergencias, tomaremos como
referencia los discursos de apertura pronunciados en las seis Cortes que a lo largo
del reinado de Carlos I y de forma simultánea se celebraron para los reinos de
Aragón y de Valencia y para el principado de Cataluña en la villa aragonesa de
Monzón. Mientras las cuatro primeras —las de 1528, 1533, 1537 y 1542— fueron
inauguradas por el propio Carlos, las dos últimas —las de 1547 y 1552— lo fue-
ron por su hijo y sucesor, el príncipe Felipe.

De acuerdo con el criterio expresado por L. Matheu, el monarca, por boca
de su protonotario —que era generalmente quien asumía la lectura del discurso—,
alude en todas las proposiciones, y en alguna de manera reiterada, a sus deseos
frustrados de visitar en ocasiones anteriores los territorios de la corona de
Aragón³. Esta especie de disculpa por el retraso seguramente hay que relacionar-
la con la sistemática transgresión por parte del soberano del plazo de tres años
que las disposiciones forales estipulaban como intervalo máximo entre dos Cortes.

También las referencias al amor del monarca —o del príncipe, en su caso—
a sus vasallos, y a la fidelidad y lealtad de éstos hacia su rey, se insertan en la
línea descrita por Matheu y Sanz⁴. Es de destacar que la calidad de fieles, atri-

³ Seleccionamos un párrafo de cada proposición, aunque los ejemplos podrían multiplicarse, 1528: *fue luego nuestra intención visitar aquestos nuestros Reynos de la Corona de Aragón, ... las cosas han sucedido de manera... que no ha dado lugar para executar lo* (DORMER, J., *Anales de Aragón desde el año MDXXV del nacimiento de nuestro Redemptor, hasta el de MDXL*, Zaragoza, 1697, p. 353 y 354); 1533: *y aunque mi voluntad, è intencion era de bolver a estos Reynos, pero la necesidad que tenían las cosas de la Fè, y otras de mucha importancia, ... me obligaron a bolver a Alemania* (DORMER, *Anales...*, p. 538); 1537: *quise bolver a estos Reynos, ... pero... dexàmos esto para otra mejor oportunidad* (DORMER, p. 641); 1542: *había querido venir, como había siempre deseado, a visitar estos reinos y tener y celebrarles cortes* (LAIGLESIA, F. de, *Estudios históricos (1515-1555)*, Madrid, 1918, Vol. I, p. 459); 1547: *para acabar de dar assiento en las cosas de aquellas partes y desasirse dellas y venir a estos reynos (Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla, publicadas por la Real Academia de la Historia, Tomo Quinto, Madrid, 1903, p. 297. Pese a que en dicha publicación esta pieza figura como proposición de las Cortes de Valladolid de 1544, corresponde a las Cortes de Monzón de 1547, como ya hizo notar BEINERT, B. («La proposición real de las Cortes de Monzón de 1547», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º 165, 1969); 1552: *aunque Su Majestad... deseaba... estar y residir en ellos, ... se había resuelto en diferirlo por ahora* (LA IGLESIA, p. 471).*

⁴ Una muestra de cada una de las proposiciones puede ser suficiente. 1528: *personas que amamos, y de quienes tenemos toda confiança;... seguros de vuestra grandissima fidelidad* (DORMER, p. 354 y 356); 1533: *confiando en vuestra innata fidelidad y en la aficion que me teneis* (DORMER, p. 541); 1537: *ayudareis con el amor, y zelo, que de vosotros confio, ... correspondiendo al amor, y cuydado que tengo de vuestro beneficio* (DORMER, p. 652); 1542: *innata fidelidad y buen celo* (LAIGLESIA, p. 460); 1547: *siempre estos reynos han hecho con su acostumbrada fidelidad y amor, ... amor y affiçion que en general y particular Su Alteza os tiene (Cortes de los antiguos Reinos...*, p. 297 y 298); 1552: *el singular amor que su Alteza tenía a los singulares de ellos, ... por su natural fidelidad* (LAIGLESIA, p. 473).

buída a los súbditos aragoneses, se califica de «natural» e «innata» y se hace remontar frecuentemente a los antepasados.

La labor de gobierno a desarrollar por el monarca se suele expresar de forma genérica, con frases como: *para tratar los puntos de justicia, y otras cosas que convengan al buen estado, y aumento de los presentes Reynos, y Principado*⁵, *para proveer en lo que conviene al buen gobierno, administracion, y exercicio de la justicia*⁶, *ordenar las cosas del gobierno, y administracion de la Justicia de estos Reynos*⁷, *dar orden en... la buena direccion y administracion de la justicia, y buen gobierno y regimiento de estos reinos*⁸, frases que tampoco salvan a las proposiciones de aquella especie de monotonía de la que, aunque no expresamente, habían sido acusadas por Matheu.

De igual manera, es parte obligada del discurso regio la solicitud de un servicio para atender, en palabras del mismo Matheu, a la *defensa de sus Reinos, conservacion de la Monarquia, y gloria de la Fe Catolica*, o de la cristiandad, como se repite hasta la saciedad en las mencionadas alocuciones.

Si las proposiciones no fuesen más que esto, podríamos suscribir sin vacilar el criterio expresado por Matheu. Las proposiciones serían sólo un discurso estereotipado e insulso, que en nada reflejaría la realidad circundante. Pero no es así. Los parlamentos regios de apertura de Cortes son mucho más que esas reiteraciones atemporales, esclerotizadas, que en buena medida quedan relegadas al inicio y a la conclusión del discurso. La mayor parte del mismo, la que ocupa la zona central, está destinada a narrar los acontecimientos, fundamentalmente de política exterior, acaecidos desde la última celebración de Cortes. ¿Acaso Matheu en su frase *darles à entender las necesidades publicas* pretendía incluir esta parte sustancial de los discursos? Es poco probable, desde el momento en que se intercala entre referencias a declaraciones puramente formularias. En todo caso, tampoco parece adecuada la estricta relación causal que Matheu establece entre ese *darles à entender las necesidades publicas* y *que le sirvan*, como aparece en el aludido texto del jurista. Si el rey describe los sucesos ocurridos, no es con el exclusivo propósito de mover el ánimo de sus súbditos para el ofrecimiento de un adecuado servicio, sino también con la intención de darlos a conocer oficialmente en esa *caja de resonancia*⁹ que son las Cortes.

Reivindicando para las proposiciones la naturaleza de crónica internacional, cabría preguntarse por el nivel de exhaustividad y por su capacidad para captar la trayectoria general de la política exterior. Resulta fácil conocer el grado de omisión de las proposiciones regias en materia internacional; basta compararlas con

⁵ DORMER, p. 358 (año 1528).

⁶ *Ídem*, p. 541 (año 1533).

⁷ *Ídem*, p. 640 (año 1537).

⁸ LAIGLESIA, p. 459 (año 1542).

⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. y DÍAZ MEDINA, A., *Los Austrias Mayores...*, p. 235, califican así a las Cortes.

la información que la bibliografía proporciona¹⁰. Por lo que respecta a la evolución general de las relaciones exteriores, es posible distinguir cuatro etapas, en función de la actuación independiente o coordinada de los principales rivales de Carlos V. Las *fronteras* básicas con las que tuvo que pugnar el Emperador fueron la *frontera de cristiandad* con el Islam, la *frontera de catolicidad* con el protestantismo (denominaciones ambas acuñadas por el historiador Chaunu) y la que he calificado de *frontera política* con Francia¹¹.

Durante la primera etapa, de 1516 a 1530, los tres primordiales oponentes a la política carolina, presentes ya, permanecieron no obstante separados entre sí. El César pospuso la cuestión luterana de Alemania —la transferencia a su hermano Fernando de los territorios austriacos guarda sin duda relación con este abandono temporal de los problemas germanos— y la confrontación con Turquía —que Solimán el Magnífico sabría aprovechar— para centrar su atención en la lucha con Francia. Así pues, fue la *frontera política* la que mostró mayor actividad bélica, siendo los escenarios del norte de Italia los más afectados por ella.

La segunda etapa, de 1530 a 1544, presencié la primera coordinación de fuerzas antiimperiales, protagonizada por la alianza franco-turca. La gravedad de esta conjunción hizo posponer una vez más la ya explosiva situación alemana. Fue ésta la fase más propiamente hispana, por cuanto la monarquía católica tenía fronteras comunes con Francia y con los berberiscos, aliados del imperio turco. La *frontera de cristiandad* y la *frontera política* constituyeron los objetivos básicos e interrelacionados de este periodo de la política internacional del César, que se desarrolló fundamentalmente en el Mediterráneo occidental.

La tercera fase, de 1544 a 1551, fue primordialmente germánica. Francia se retiró de la alianza antiimperial, mientras Carlos anudaba treguas en la *frontera de cristiandad*. Todos los esfuerzos del César se centraron en la *frontera de catolicidad*, tantas veces postergada. Aunque los intereses estrictamente hispanos no estuvieron muy bien representados en este periodo, la presencia española se hizo patente a través de su apoyo a la causa del Emperador, su rey, en el sacro imperio romano germánico.

Durante la cuarta fase, de 1551 a 1556, prosiguió la lucha en la *frontera de catolicidad*, aunque de forma menos exclusiva que en la etapa precedente, al producirse el retorno de Francia. La alianza del monarca francés con los príncipes protestantes alemanes forzó a Carlos a una arriesgada diversión entre la *frontera de catolicidad* y la *política*, actuando de común acuerdo. Por otra parte, la simultánea reactivación de la *frontera de cristiandad* vino a complicar todavía más el horizonte internacional.

¹⁰ Por nuestra parte utilizaremos *La España de Carlos V* (Tomo XX de la *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1979) del profesor FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, gran especialista del reinado del César.

¹¹ SALVADOR ESTEBAN, E., «La política exterior» (en *Historia General de España y América*, Tomo VI, Ediciones RIALP, Madrid, 1986), en donde utilizo este término y establezco las cuatro etapas, que intento definir a continuación.

De acuerdo con esta clasificación, sólo la proposición de 1528 corresponde al primer periodo; las tres siguientes —1533, 1537 y 1542—, en cambio, se concentran en el segundo, quedando dos —1547 y 1552— que se distribuyen en cada una de las etapas que restan. Frente a la crónica muy incompleta y selectiva que nos proporcionan las proposiciones del reinado de Fernando el Católico, las de su sucesor Carlos I resultan especialmente expresivas, sobre todo las de 1537 y 1547, que adquieren un notable desarrollo.

La proposición de 1528¹² se hace eco de una parte de la realidad internacional, la referida a la entonces trepidante *frontera política*. Se inicia el relato recordando la *felicissima Coronacion del Sacro Imperio*¹³, para pasar, después de las consabidas referencias al amor a los súbditos e intenciones de visitar antes territorio aragonés, a abordar el *leit-motiv* de este discurso: la confrontación con Francia. Desbordados los esfuerzos de Carlos por eludir la guerra con Francisco I que, como se detalla, presionaba en varios frentes (Castilla, Navarra, los estados de Flandes e Italia), se hizo inevitable el choque, que concluyó con el triunfo española y la prisión del rey francés. Obviamente se trata de la victoria de Pavía de 1525 sobre Francisco I, a la que se alude sin nombrarla, en estos términos: *nuestro Señor Dios, por cuyo justo juicio fue preso por nuestro Exercito, vencido el suyo y prisioneros los mas principales de sus Capitanes*. Los siguientes pasajes del discurso subrayan, de una parte, el comportamiento magnánimo de Carlos V con su prisionero Francisco I, y, de otra, la ingratitud de este último. De ahí que los esfuerzos del monarca español por concluir una paz duradera con Francia para bien de la cristiandad resultaran estériles ante el comportamiento del monarca galo. Pese al matrimonio de Francisco I con la hermana de Carlos, Leonor, el francés rompió el pacto¹⁴, volviendo a atacar las posesiones carolinas. Entre los territorios afectados por la nueva acometida francesa se mencionan Sicilia, Cerdeña y Nápoles, *incorporados, y unidos a aquestos nuestros Reynos de la Corona de Aragon*. La proposición concluye siempre con la inevitable petición del servicio. Aquí es donde el rey suele desplegar toda la adulación hacia unos súbditos de quienes solicitaba su contribución pecuniaria a las empresas de la monarquía. En este discurso se añade un breve epílogo, en el que el rey pide sea habilitado el duque D. Fernando de Aragón para que pueda celebrar y concluir las Cortes, de las que el monarca debe de ausentarse.

Sorprende que se omitan otras cuestiones, que durante los años precedentes habían preocupado hondamente al César, como las disputas religiosas en Alemania y, sobre todo, la presión turca en el Danubio, triunfante en Mohacs (1526); máxime cuando en las Cortes castellanas de 1527 se había hecho una estremecedora crónica de los estragos del turco en Hungría¹⁵. ¿Acaso quedaban dema-

¹² Seguimos para este comentario el texto transcrito por DORMER, p. 353-358.

¹³ Es una clara alusión a la imposición en Aquisgrán (1520) de la primera de las coronas, la de «rey de romanos».

¹⁴ Referencia, sin duda, al tratado de paz de Madrid de 1526.

¹⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., «Las Cortes y las grandes cuestiones de los reinos. La política exterior», *Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León*, en prensa.

siado lejos en el espacio y en los intereses de los estados de la corona de Aragón?

Cinco años después, en 1533, la iglesia de Santa María de Monzón volvía a recoger los ecos de una nueva proposición, leída como siempre por el protonotario¹⁶. Relativamente breve, como la anterior, contenía, sin embargo, una narración más dinámica de los acontecimientos internacionales, que en esta oportunidad gravitaban sobre la *frontera de cristiandad*, en un destacado primer plano, y sobre la *frontera de catolicidad*, ya en segundo término. La rivalidad con Francia, argumento central de la primera proposición del reinado, quedaba aquí relegada a una alusión inicial, destinada precisamente a comunicar la suscripción de la paz con el país vecino. Nada, sin embargo, daba a entender que los oponentes del César hubieran empezado a anudar alianzas con vistas a una acción conjunta. ¿Estaba demasiado reciente esta coordinación para que Carlos la admitiese oficialmente?

Tras una brevísima introducción, el emperador, por boca de su protonotario, comunicaba diversos sucesos a través del hilo conductor de su itinerario personal; un itinerario que comenzaba en Italia y seguía por Alemania, Flandes, otra vez Alemania..., denotando una movilidad, que desaparecería con su hijo y sucesor Felipe II. El primer recuerdo era para la paz con Francia, suscrita en nombre del emperador por su tía Margarita¹⁷, y de la que Carlos tuvo conocimiento durante su estancia en Italia. En Alemania, en donde *por las Heregias, que se avian movido, estaba toda para encenderse, y abrasarse*, aunque las cosas *no se pudieron remediar tan cumplidamente como quisieramos, y fuera menester*, la elección de Fernando como rey de romanos fue, a juicio de su hermano el Emperador, una acertada decisión *para que el contagio no passasse tan adelante como pudiera*. Era ésta la primera oportunidad en que el Monarca revelaba a sus súbditos de la corona de Aragón reunidos en Cortes el grave problema religioso alemán. Su pesar por no haber podido resolverlo con contundencia, volvería a asomar en otras proposiciones, habida cuenta de que nunca llegó a solucionarse en los términos deseados por el Emperador. La muerte de Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, reclamó la presencia del Rey en aquel ámbito, desde el que, sin pasar por la monarquía hispana como era su propósito, se trasladó a Alemania para celebrar la Dieta de Ratisbona¹⁸. Una nueva dilación en el anunciado viaje a territorio hispano se produjo como consecuencia del avance del ejército turco por la parte de Hungría y de su armada por el Mediterráneo. Si los preparativos imperiales dieron su fruto en el continente con la defensa afortunada de Viena, por mar la escuadra carolina, con el apoyo de unidades del Pa-

¹⁶ También seguimos a DORMER, p. 537-542.

¹⁷ La paz de Cambray o de las Damas de 1529, así llamada por la decisiva participación en ella de la tía del emperador, Margarita de Austria, y de la madre de Francisco I de Francia, Luisa de Saboya, ponía término a la guerra de la liga de Cognac o Clementina, segunda de las sostenidas entre Francisco I y Carlos V.

¹⁸ En esta Dieta de 1532 Carlos logró, aunque no la solución del problema luterano, el apoyo para la lucha contra el turco, cuya ofensiva se preparaba.

pa y de la orden de S. Juan, no sólo obligó a huir a la armada otomana, sino que consiguió la ocupación de Corón, en Grecia.

La última parte del discurso, la destinada a solicitar el servicio, se animaba con la alusión a la presencia de la Emperatriz, el Príncipe y la Infanta *para que los vieses, y ellos tuviessen conocimiento de vosotros*. Precisamente la solicitud de la habilitación de la Emperatriz para tener Cortes cerraba la alocución regia.

El discurso de la corona de 1537¹⁹, *que en su primera parte no era sino la repetición del pronunciado por el cardenal Tavera ante las Cortes castellanas* del mismo año²⁰, duplica con creces la extensión de los dos anteriores. En él denunciaba ya Carlos la estrecha alianza existente entre el turco y Francia, así como *las platicas, y inteligencias, que avia movido en Alemania, y otras partes* el monarca galo. Resultaba evidente que el frente antiimperial iba cerrando filas en torno a él. La larga relación que de los acontecimientos internacionales va haciendo el Emperador, se articula en torno a un eje expositivo: los deseos de regresar a España, frustrados a cada nueva embestida del enemigo.

Sin introducción apenas, se entra inmediatamente en materia, recordando la conquista de Túnez por la armada que envió el turco al mando de su capitán general Barbarroja a sólo un año de la conclusión de las anteriores Cortes, es decir, en 1534. Para hacer frente a la presión islámica decidió el Emperador pasar a Barcelona para disponer los preparativos de la flota, en la que él mismo embarcaría. El éxito de la campaña se describe con brevedad pero con contundencia: *con el favor divino, y averme hallado presente a la empresa, tuve el buen suceso que todos sabeis*. Y, efectivamente, lo debían de saber porque la conquista de Túnez de 1535, que sin duda aquí se rememora, constituye uno de los más notables hechos de armas del reinado. Tras esta victoria sobre Barbarroja, Carlos pospuso para mejor ocasión el regreso a territorio hispano y la empresa de Argel para visitar Nápoles y Sicilia. Concluída esta visita, tuvo que aplazar de nuevo su viaje a España y la conquista de Argel²¹ ante la muerte sin sucesión del duque de Milán. Las aspiraciones de Francia al ducado, llevaron a su monarca a atacar territorios del duque de Saboya, como paso previo para la conquista de Milán. Carlos relata a continuación su viaje a Roma para entrevistarse con el Pontífice y pedir su mediación en el conflicto. Se recrea después el Emperador recordando su intervención pública en presencia del Papa, el colegio cardenalicio y los embajadores del rey de Francia, entre otros (1536). En la alocución Carlos, para atraer a Francisco I a la paz, ofreció el ducado de Milán a su hijo, el duque de Angulema. Así mismo recordó al Pontífice la conveniencia de convocar un Concilio general, en el que el César confiaba para resolver el problema religioso del Reich. Como

¹⁹ DORMER, p. 640-653.

²⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *La España de Carlos V*, p. 606.

²¹ Como se puede observar, en el ánimo del César ambas cuestiones aparecen indisolublemente unidas. Después de la conquista de Túnez, más celebrada por los súbditos italianos que por los españoles, dada su proximidad a la península itálica, parecía llegado el momento de acometer la empresa de Argel, mucho más interesante estratégicamente para la tranquilidad de sus vasallos de la corona de Aragón.

parte de las tropas francesas continuase en el Piamonte, allí se dirigió el Emperador a reunirse con un heterogéneo ejército, integrado por súbditos de diferentes estados. Desde el Piamonte, y ante la actitud hostil de Francia en diversos frentes, Carlos decidió atacar directamente territorio francés, atravesando los Alpes, mientras otro ejército hacía lo propio desde Flandes. La huída de las tropas enemigas impidió trabar combate en territorio galo, del que acabó retirándose el Emperador para regresar a Italia. Allí llegaron noticias de los preparativos otomanos de un doble ataque marítimo y terrestre, más temible por contar con el apoyo de Francia, cuyo Rey había permitido a las galeras del turco fondear en el puerto de Marsella. Denunciaba a continuación Carlos las maniobras franco-turcas para intentar separar a la república de Venecia de la alianza imperial, así como la presión ejercida por Francisco I sobre los Países Bajos por la frontera de Picardía. Francia, en cambio, se vio obligada a desistir de sendos ataques a Perpiñán y Navarra, ante el avance del ejército imperial por Picardía. La enumeración de los preparativos en distintos territorios para resistir el inminente ataque turco apoyado por Francia, cierra la crónica del discurso.

La siguiente proposición se pronuncia cinco años después, en 1542²². La alocución comienza rememorando el viaje de Carlos V a través de territorio francés —aceptando la invitación de su monarca Francisco I— para acabar con los *movimientos, sediciones y desobediencias* que se habían producido en Flandes²³. Restablecida la situación en los Países Bajos, pero antes de poder aprovechar su estancia allí para recuperar el vecino ducado de Güeldres, *que injustamente y contra todo derecho le estaba usurpado*, tuvo Carlos que emprender viaje a Alemania. Allí su hermano Fernando había promocionado sin mucho éxito una política de diálogo entre católicos y luteranos, que el propio Emperador prosiguió, convocando una Dieta²⁴. Acto seguido, el discurso aborda la empresa fracasada de Argel, que el César había acometido *para el beneficio y reposo de sus reinos de España, y señaladamente para los de esta corona de Aragón*. Precisamente la campaña argelina obligó a Carlos V a desplazarse a Italia, manteniendo una entrevista en Lucca con el Pontífice para tratar de la celebración del Concilio y de la defensa de la cristiandad. El panorama inmediatamente posterior al desastre de Argel es descrito con tintes sombríos, llegándose a afirmar que *en muchas partes se habían descubierto pláticas y tratos de guerra, y rebeliones, y alzamientos de tierras*. De tal estado de inquietud se hacía responsable, sin mencionarlo, a Francisco I de Francia, del que se temen futuras presiones sobre el reino de Navarra, fronteras de Rosellón y Perpiñán, y territorios de Flandes e Italia, y a quien se atribuye el llamamiento hecho al turco para atacar tierras de Hungría y del Mediterráneo occidental. La conexión de las fuerzas antiimperiales continuaba, pues, siendo una realidad, como nos muestra la proposición.

²² Utilizamos el texto de LAIGLESIA, p. 455-460.

²³ La recién estipulada tregua de Niza (1538) fue la responsable de esta breve luna de miel entre los adversarios de antaño y facilitó al César la pacificación de Gante.

²⁴ Se trata de la Dieta de Ratisbona de 1541, en la que nada práctico se consiguió.

La sesión de apertura de las Cortes de 1547 fue presidida, igual que lo sería la de 1552, por el príncipe Felipe, en nombre de su padre. De ahí que desaparezca la narración en primera persona de las hazañas imperiales, propia de las anteriores proposiciones. Quizá también por ser la primera vez que Carlos V no se hallaba presente, el discurso de 1547²⁵ —el más extenso del reinado— se inicia con un resumen de la última alocución del Emperador en las Cortes de Monzón de 1542. Aunque cronológicamente la fecha del discurso corresponde a la tercera etapa de la evolución de la política exterior carolina, los acontecimientos en él descritos abarcan dos etapas diferentes (la segunda y la tercera, en nuestra clasificación). Y, ciertamente, la proposición refleja el cambio experimentado en el panorama internacional a partir de 1544.

Cuando Carlos V se hallaba todavía en Monzón celebrando Cortes (1542), el monarca francés, *sin publicar la guerra*, envió un ejército al mando de su segundo hijo, el duque de Orleans, para invadir el ducado de Luxemburgo, y otro, con el Delfín al frente, para poner sitio a Perpiñán, acción esta última que desbarató el Emperador, gracias a la organización de una adecuada defensa de la villa. Las graves cuestiones planteadas forzaron al César a abandonar territorio hispano —cuyo gobierno se encomendó al príncipe Felipe—, pasando a Alemania vía Italia, en donde trató con el Pontífice la convocatoria del Concilio. Ya en el Imperio y ante la certeza de una doble asociación de Francia con el duque de Cleves y con el turco, con vistas a un ataque conjunto sobre territorios de la monarquía hispánica, Carlos optó por una operación diversiva. Consistió ésta en sucesivas invasiones de los ducados de Juliers y Güeldres, que concluyeron con su sometimiento y con la rendición del duque de Cleves. Todavía el César, de acuerdo con su propósito diversivo, penetró en territorio francés. Continuaba la proposición valorando las ventajas que estas operaciones habían reportado a los súbditos de la corona de Aragón al librarles de ataques combinados franco-otomanos, como el que había padecido la saboyana Niza, que *las dos armadas juntas tomaron, saquearon y quemaron*. Para reforzar la argumentación se recordaban los daños que sólo 23 galeras al mando de Barbarroja habían causado en diversas poblaciones del litoral catalán y valenciano (Cadaqués, Rosas, Palamós y Villajoyosa) y aún en la isla de Ibiza. Por eso y ante la continuación de los tratos de Francia con el turco, cuya armada había invernado en Tolón, Carlos V ordenó la fortificación y defensa de distintos lugares marítimos. Se recuerda después el viaje del Monarca a Flandes y su regreso a Alemania, en donde obtuvo de la Dieta²⁶ el ofrecimiento de apoyo, tanto para resistir una posible presión otomana sobre Viena, como para acometer la guerra contra Francia. Mientras ésta se hallaba empeñada en una campaña en el Piamonte contra el duque de Saboya, el Emperador, de acuerdo con el rey de Inglaterra, que debía atacar simultáneamente territorio francés, penetró por la parte de Champaña, llegando muy cerca de París. Ello

²⁵ *Cortes de los antiguos Reinos...*, p. 288-298.

²⁶ Alusión clara a la Dieta reunida en Spira.

obligó al rey de Francia a solicitar la paz, que *dura hasta agora no con poco beneficio de toda la Christiandad*²⁷.

Precisamente esta retirada de Francia, que narra la proposición, así como la tregua con los turcos por un año desembarazaban al emperador de la oposición mancomunada de sus dos más encarnizados rivales del periodo precedente. En paz la *frontera política* y la de *cristiandad*, Carlos V podía abordar, por fin, la cuestión alemana —*la frontera de catolicidad*—.

En la cuestión alemana se centra a continuación el texto del discurso, confiéndole interesadamente un carácter estrictamente político²⁸. La colaboración pontificia, así como la del Rey de Romanos y del duque Mauricio, y las principales acciones bélicas emprendidas, sobre todo contra el duque Federico de Sajonia, son descritas en el siguiente espacio de la proposición. Especial énfasis se pone en las operaciones previas a la batalla de Mühlberg de 1547 —a la que se alude sin citarla—, como la que posibilitó el paso del río Elba. La jornada de Mühlberg con la prisión del duque de Sajonia pudo hacer abrigar esperanzas al Emperador sobre el futuro religioso de Alemania y de la cristiandad en general. Por ello se apresuró a reforzar la acción bélica con la diplomática y *su Embaxador, que esta en Roma haze instancia á Su Santidad que se vuelva el Concilio á Trento, que por algunas causas se habia transferido á Bolonia*. Los temores de un posible ataque otomano, la petición del servicio y las alusiones a la probada fidelidad de los aragoneses, con que concluye el discurso, no añaden nada nuevo a los habituales colofones de anteriores alocuciones.

La lectura de la sexta y última de las proposiciones del reinado a los representantes de los reinos de Aragón y de Valencia y del principado de Cataluña tuvo lugar en 1552, también sin la presencia regia²⁹. Corresponde, por tanto, al principio de la última de las fases que hemos distinguido en la política exterior carolina. La vuelta de Francia a la palestra internacional y la renovación de sus alianzas con el Imperio otomano son recogidas fielmente por el texto de la proposición.

El discurso comienza recordando el viaje que por orden del Emperador hubo de realizar a Italia, Alemania y Flandes el príncipe Felipe, cuya ausencia de territorio hispano fue suplida por los reyes de Bohemia, encargados del gobierno de estos estados por su propio hermano, Carlos V. Obviamente la proposición, al señalar como motivo del viaje el *visitar, conocer y ser conocido de aquellos estados y señoríos*, no entraba en la cuestión de fondo que había provocado la salida de Felipe de la corona de Castilla: participar en las conversaciones familiares llevadas a cabo en la ciudad de Augsburgo para tratar de dilucidar la sucesión imperial. La siguiente referencia se centraba en el Concilio, en *los estorbos y em-*

²⁷ Esta paz se firmó en Crépy en 1544 y en ella Francisco I, ante los progresos del protestantismo en Alemania, se comprometió a abandonar la alianza con los turcos.

²⁸ *Acordo de una vez provar la via de la fuerza y hazer la empresa que habeis entendido contra los desviados de la fee, so color que se hazia contra los desobedientes al imperio por que no se declarassen todos contra su Mag^d. (sic).*

²⁹ LAIGLESIA, p. 471-475.

barazos que el rey de Francia había puesto para impedir la prosecución de él, y en la obligada suspensión del mismo. Todas estas preocupaciones no habían distraído al Monarca del cuidado de los asuntos hispanos y señaladamente de los referidos a la defensa del litoral mediterráneo, en donde el corsario Dragut Arraez... con sus bajeles robaba y molestaba las costas y marinas, habiendo tomado por engaño la ciudad de África, recuperada después por una expedición enviada por el Emperador. A los gastos de defensa en el Mediterráneo se vinieron a sumar pronto los realizados en Italia ante la reanudación de las hostilidades por el rey de Francia, contraviniendo a la paz que tenía con Su Majestad. De otra parte, se tenían noticias de que la armada otomana había ya zarpado, traída y guiada por el dicho rey de Francia. La vuelta a la connivencia franco-turca se daba ya por inevitable, complicando más la situación el hecho de que el monarca francés hubiese solicitado a algunos príncipes de Alemania, que se concertasen con él. El círculo antiimperial volvía a cerrarse. El ataque francés a Lorena, el regreso del Príncipe a España, la enumeración de gastos, el recuerdo de la insuficiencia de los ingresos³⁰ y de los peligros que acechaban, desembocaban en la petición habitual del servicio, realizada en terminos más angustiosos y perentorios, si cabe, que en ocasiones precedentes.

* * *

Hasta aquí hemos trazado un breve resumen del contenido de las seis mencionadas proposiciones del reinado de Carlos V. Pese a la riqueza de información que se desprende de estos sintéticos balances, poco interesantes resultarían si se limitasen a exponer acontecimientos que podemos conocer con mayor facilidad, inmediatez y detalle en la bibliografía existente. El valor de las proposiciones reside, a nuestro entender, en la descripción intencionada de unos hechos que, según el criterio de la corona en cada caso, se nos presentan subrayados o minimizados; incluso en la omisión u «olvido» de alguno de esos hechos. Porque tan expresivo puede resultar lo que se narra como lo que se silencia.

Esta redacción calculada del discurso regio no debe relacionarse exclusivamente con el propósito de animar a los presentes en Cortes a colaborar económicamente en las empresas exteriores de la monarquía, máxime cuando durante mucho tiempo esa contribución se estabiliza en unos baremos fijos y, por tanto, al margen de las necesidades cambiantes de cada momento. El monarca utiliza su discurso inaugural con la pretensión de crear un estado de ánimo favorable a las empresas exteriores; unas empresas cuya orientación en el siglo XVI se reservaba el príncipe y su consejo aúlico, sin intervención prácticamente de la opinión pública. Ahora bien, la corona comunica el resultado de su política exterior con la decidida intención de lograr la aquiescencia de sus súbditos. Se trata de una narra-

³⁰ *No bastaban las rentas de sus reinos, ni los servicios que en ellos le habían sido hechos, ni las cruzadas y subsidios que Su Santidad le había concedido, ni la plata y oro que le había venido de las Indias, ni otros arbitrios ni expedientes que había buscado y le había sido forzoso usar, hasta vender y empeñar sus propias rentas y patrimonio.*

ción voluntaria, como el propio Rey recuerda en algún pasaje de varias de sus alocuciones. Frases como *avemos querido daros razon de todo lo referido*³¹; *todo esto he querido referiros, para que entendais lo que despues de la ultima ausencia ha passado*³²; *había querido venir... a visitar estos reinos y tener y celebrarles cortes para darles cuenta de todo esto que había sucedido y al presente se ofrecía*³³, priman evidentemente el voluntarismo regio sobre cualquier tipo de obligación respecto a los vasallos. Pero, aún dejando a salvo el carácter voluntario del relato, una parte sustancial del mismo se parece mucho a una rendición de cuentas. Se enumeran, por tanto, fundamentalmente acontecimientos del pasado, aunque no falten referencias al presente e incluso la comunicación de algún proyecto para el futuro de la política exterior.

Con este preámbulo queremos indicar que el balance de las relaciones internacionales que el monarca participa a los procuradores no se elabora con el objetivo exclusivo de pedir, sino también de convencer. Es cierto que se trata de facetas de un mismo prisma. Justificar lo hecho y «presentar» adecuadamente el programa a desarrollar en el futuro buscaba, sin pedirlo, el *placet* a la política imperial y con ello, pidiéndola ya expresamente, la colaboración económica para empresas que se consideraban inaplazables. No obstante la perfecta imbricación de ambos factores, creemos se pueden —y, sobre todo, conviene para su mejor comprensión— deslindar. Así pues, en este doble objetivo de justificación y de demanda, por este orden, vamos a centrar ahora nuestra atención.

En primer término, como crónica internacional que es, la proposición versa sobre la paz y sobre la guerra, aunque mucho más extensamente sobre ésta que sobre aquélla, a pesar de las continuas invocaciones del Emperador a la paz. Tanto es así, que el término *paz* es uno de los de más frecuente aparición en este tipo de alocuciones. De creer a Carlos V, no habría regateado jamás esfuerzos para evitar la guerra y conservar la paz, intenciones de las que pone al mismo Dios por testigo³⁴. Pero el hecho de que la guerra constituya el argumento primordial de las proposiciones, obliga en cierto modo al Emperador a explicar porqué, pese a su incansable defensa de la paz, había tenido que optar por aquélla. Se trata, ni más ni menos, que de justificar en cada caso la licitud del recurso a las armas.

Con la insistencia en subrayar el carácter defensivo de las acciones bélicas en que se había visto inmerso, pretendía sin duda Carlos liberarse, ya de entrada, de la responsabilidad de la iniciativa. Pero, ¿qué defendía el Emperador?. A lo largo de las seis proposiciones esta actitud defensiva se proyecta en un triple frente: defensa de los reinos, defensa del rey y defensa de la religión; o, por utilizar términos extraídos de los propios discursos, conservación, reputación y servicio de

³¹ DORMER, p. 541 (año 1533).

³² *Ídem*, p. 651 (año 1537).

³³ LAIGLESIA, p. 459.

³⁴ *Escusando Nosotros la guerra, quanto nos fue posible, como lo sabe nuestro Señor Dios* (DORMER, p. 354 y 355 —año 1528—); *las justificaciones y proposiciones que por nuestra parte se han hecho, para escusar la guerra con el Rey de Francia, y mantener en paz la Christiandad, de que Dios es buen testigo* (DORMER, p. 651 —año 1537—).

Dios³⁵. Aunque quizá, en sentido estricto, estos tres objetivos acaban por fundirse en la mayoría de los casos en uno sólo, que actúa de elemento catalizador. Porque sin duda alguna el telón de fondo de la asunción de la voluntad divina gravita siempre sobre los argumentos que esgrime el César para justificar la opción bélica. Si el Creador le había constituido en señor de tantos territorios, Carlos V debía consagrarse a su conservación, si no quería perder la reputación que ese altísimo puesto le confería. La simbiosis entre el servicio de Dios, la conservación de los territorios heredados y la reputación regia quedaba asegurada³⁶.

De esta forma las confrontaciones bélicas adquieren un carácter divinal, mesiánico, por cuanto el Emperador y sus súbditos se convierten en brazo armado del Todopoderoso. Carlos V aparece así como el defensor de la cristiandad³⁷ frente al infiel y de la catolicidad frente al hereje. Era la justificación de la guerra en la *frontera de cristiandad* contra turcos y berberiscos y en la de *catolicidad* contra los protestantes alemanes. Más difícil parecía en principio demostrar la licitud de la guerra en la otra frontera, la *política* con Francia, recurriendo a descalificaciones religiosas, dada la confesionalidad católica de la monarquía francesa. Siempre, claro está, se podían invocar las tesis de la conservación y de la reputación, elevadas a la categoría divina. Pero la complicidad del rey cristianísimo con el Imperio otomano proporcionó a Carlos una magnífica justificación, y a ella apeló en diversas oportunidades. Por otra parte, aún sin recurrir a esa connivencia franco-otomana, Carlos V halló otra teoría justificativa en la misma línea sacralizada. El casi continuo estado de intranquilidad creado al Emperador por la actitud hostil de Francia, debilitaba la posición de la cristiandad frente al infiel³⁸. Se imponía, pues, aunque a veces fuera a costa de la guerra, recomponer la distensión franco-española en aras del fortalecimiento de la cristiandad.

³⁵ Precisamente John H. ELLIOTT (*El Conde-duque de Olivares y la herencia de Felipe II*, Valladolid, 1977) se refiere a la *conservación* y a la *reputación* como dos de los principales móviles de la política de Olivares, continuación en ese sentido de la desplegada por el monarca Felipe II. Pero es obvio que estos principios estaban ya muy presentes en la mente de Carlos I, como se desprende de la frecuente alusión a ellos en la mayoría de las proposiciones.

³⁶ Cuatro párrafos, entresacados de sendas proposiciones, pueden resultar útiles para corroborar esta idea: *la obligación, que tenemos, por los grandes beneficios que Dios nuestro Señor por su divina bondad nos ha hecho, y haze cada dia, y por las grandes Dignidades, Imperial, y Reales, en que nos ha constituydo, y que no cumpliamos con ellas, sino saliessemos a resistir al Enemigo publico* (DORMER, p. 539 —año 1533—); *se esperaba, con la ayuda de nuestro Señor, que las cosas sucederian como a su santo servicio, y a nuestra reputacion conviniesse* (DORMER, p. 649 a 650 —año 1537—); *por ser cosa tan en servicio de Dios nuestro Señor y aumento de la Sancta fee catholica, quietud y reposo de la Christiandad, á que Su Mag.^d (sic) tiene tan particular obligacion por la dignidad en que nuestro Señor le ha puesto* (*Cortes de los antiguos Reinos...*, p. 294 —año 1547—); *pues no solamente tocaba a su sustentación y defensión de sus reinos y estados, más aún, a la conservación de su autoridad y reputación de su persona, y a la defensión de nuestra sagrada fe y religion* (LAIGLESIA, p. 475 —año 1552—).

³⁷ *Cristiandad* es otro de los vocablos más utilizados en las proposiciones.

³⁸ En la proposición de 1537, el César recordó su intervención pública ante el Pontífice y otros altos dignatarios para intentar, entre otras cosas, resolver pacíficamente la cuestión del ducado de Milán con Francia, *porque se ajustase la paz y se evitassen los inconvenientes, y daños que de la guerra resultarían a la Christiandad* (DORMER, p. 645).

La actuación de Emperador como paladín de la causa divina comportaba en reciprocidad la protección de Dios a las empresas de aquél. Y, en efecto, el respaldo divino a las acciones bélicas en las que se vio envuelto el Emperador, resulta a lo largo de las distintas proposiciones recurso cómodo e inapelable, sobre todo en las derrotas³⁹. También el Creador aparece como el artífice de los éxitos, aunque curiosamente compartiendo alguno de ellos con el Emperador. Porque, frente a casos en que nos conmueve la sobriedad con que el César narra señaladas victorias, en otros muestra una actitud no exenta de arrogancia, al destacar su activa participación en el logro del triunfo. Esta apreciación suele aparecer al valorar aquellas acciones en las que el Emperador intervino personalmente, atribuyendo a su presencia en el combate el alto grado de eficacia y la bravura con que se emplearon sus soldados⁴⁰.

Además de justificar las orientaciones adoptadas en materia internacional, la corona pide la colaboración pecuniaria para sus empresas. Tradicionalmente se ha considerado la demanda del servicio como objetivo prioritario —único para algunos— de los discursos regiois. En honor a la verdad se trata de una solicitud cuidada, y arropada habitualmente por tan gran cantidad de razonamientos en pro de su satisfacción, que parece difícil poder sustraerse a ella. Aunque, como hemos indicado antes, la obtención del servicio no es atribuible, en sentido estricto, al despliegue de una dialéctica más que aceptable por parte del monarca. Pero ello no resta méritos a esta parte obligada y postrera de las proposiciones, que nos demuestra que el rey no sólo pide sino que sabe pedir.

A estas alturas del discurso ya se había pretendido conseguir un ambiente favorable para atender las demandas de la corona. En efecto, victorias y reveses (más aquéllas que éstos) se habían ido entretejiendo sabiamente en el relato⁴¹; las victorias para transmitir al auditorio el sentimiento de orgullo por pertenecer a una gran monarquía, ser súbditos de una gran rey y defender causas trascendentes; los reveses para que ese orgullo no se tradujese en una excesiva confianza y se mantuvieran vigilantes, con las espadas en alto.

Podía ocurrir, sin embargo, que esas hazañas quedasen demasiado lejos en el tiempo o en el espacio y apareciesen como poco rentables, al menos en términos estrictamente crematísticos. Efectivamente, aunque la narración de cada empresa iba inevitablemente acompañada por el recuerdo del desembolso que había supuesto, no resultaba atractivo contribuir económicamente para acciones ya

³⁹ La empresa fracasada de Argel de 1541 se describe en la proposición del siguiente año en estos términos: *había sido nuestro Señor servido que se impidiese por el gran temporal... Dios nuestro Señor no había sido servido de que la empresa comenzada de Argel tuviese buen suceso* (LAIGLESIA, p. 458).

⁴⁰ En la proposición de 1537 Carlos achaca la conquista de Túnez de 1535 al *favor divino* y al *haberme hallado presente a la empresa* (DORMER, p. 641. Diez años más tarde, el discurso regio de 1547 convierte a Dios (*quiso nuestro Señor*) y al Emperador (*con hallarse allí en persona Su Mag.^d (sic) pelearon de tal manera los nuestros, que los vencieron*) en corresponsables de la victoria de Mühlberg (*Cortes de los antiguos Reinos...*, p. 296).

⁴¹ SALVADOR ESTEBAN, E., «Las Cortes de Valencia en la Edad Moderna», *Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León*, en prensa.

pasadas, por mucho que el Emperador se esforzase en recordar sus muchas deudas⁴². Por otra parte, quizá no despertasen la atención de los aragoneses hechos que habían ocurrido muy lejos de su *hinterland* más próximo. Por eso mismo Carlos V en su exposición de la política exterior había procurado siempre cargar el acento en aquellos acontecimientos más cercanos a los intereses aragoneses, como eran los mediterráneos; e, incluso, valorar las ventajas que para la salvaguarda de esos estados podía suponer el trasladar las confrontaciones bélicas a escenarios alejados. De todas formas, para obviar el posible desentendimiento de los aragoneses de empresas que podían conceptuar no propias, el rey concluía su narración con la referencia a acontecimientos próximos, que se estaban produciendo o estaban a punto de producirse. Por ello las proposiciones se parecen mucho a una novela por entregas, en la que al final de cada fascículo se crea un clima de *suspense*, una sensación de inconclusión y desasosiego. La proposición de 1528 deja a Francisco I atacando el reino de Nápoles⁴³; la de 1533 concluye expresando la necesidad de *guardar, asegurar y limpiar los Mares, y Costas de nuestros Reynos de Valentia y Principado de Cataluña, por estar en frontera de los Enemigos de nuestra santa Fè Catolica*⁴⁴; la de 1537 anunciando que *devia de estar muy cerca la persona del Turco, que se dezia venia por tierra con grande Exército, a lo que se podia discurrir, para passar a Napoles, ò a Sicilia, y por mar, y tierra juntarse con las fuerças del Rey de Francia, cuyas Galeras se tenia aviso estaban a punto en Marsella, para desde alli infestar estos Reynos*⁴⁵; la de 1542 denunciando los manejos de los enemigos del Emperador que *continúan la solici-tación de la venida del turco, y de apartar de la devoción de Su Majestad los potentados de Italia, y señaladamente a la Señoría de Venecia, adonde estaba entonces un embajador del turco*⁴⁶; la de 1547 temiendo nuevos ataques del *Turco, que todavia se entiende que pone en orden grueso exerçito, para venir contra la christiandad*⁴⁷; la de 1552, por último, asegurando que la armada otomana había ya zarpado y *venía con fin de juntarla con las galeras de Francia e invadir los reinos de Su Majestad*⁴⁸. Certezas o sospechas, todo era válido para llevar al ánimo de los aragoneses la idea de que lo que iban a conceder a la monarquía revertiría en la defensa de su propio territorio.

En este sentido parece evidente que el nivel de compromiso —aunque no exento de alguna reticencia— que consiguió Carlos V en Castilla para su política internacional, entendida en un sentido amplio, estuvo muy lejos de lograrlo en la corona de Aragón. En efecto, Castilla contribuyó ampliamente —tanto en hom-

⁴² Así lo hace constar en la proposición de 1537: *ando siempre embuelto en cambios, y assientos, de los quales corren grandes intereses, y para pagarlos necessito de considerables sumas* (DORMER, p. 652).

⁴³ DORMER, p. 356.

⁴⁴ *Ídem*, p. 540 y 541.

⁴⁵ *Ídem*, p. 650 y 651.

⁴⁶ LAIGLESIA, p. 459.

⁴⁷ *Cortes de los antiguos Reinos...*, p. 297.

⁴⁸ LAIGLESIA, p. 474.

bres como en dinero— para empresas imperiales, que desbordaban el estricto marco hispano, mientras la participación aragonesa a ellas fue prácticamente nula. Esta diferente realidad pudo ser la responsable de que los discursos regios a las Cortes castellanas se hicieran eco de acontecimientos —a alguno de los cuales ya nos hemos referido— que se silencian en las Cortes celebradas en Monzón, más proclives a una visión «casera» de la política exterior.

El intento de captar el interés de los aragoneses se refuerza con el recurso a otros argumentos. Por si alguno no se había dejado convencer o impresionar por el mesianismo atribuido a la política exterior de su soberano, se recurría a ponderar los beneficios económicos que habían derivado o iban a derivar de la adopción de determinadas medidas. La colaboración pecuniaria podía convertirse de esta forma en una inversión rentable en términos estrictamente materiales, aparte de las recompensas espirituales que esa misma colaboración podía reportar en el más allá. Es ésta una nota de pragmatismo en unos discursos en los que lo utópico adquiere un peso específico sustancial. También solía aludir el Rey a ayudas pecuniarias de otros territorios de la monarquía, subrayando su generosidad, dentro de una dialéctica encaminada, en teoría⁴⁹, a excitar el espíritu de emulación de los aragoneses, a los que además se recordaba, ya en un sentido genérico, el tradicional apoyo que sus antepasados habían prestado siempre a las empresas exteriores de la corona.

Tampoco solían faltar referencias a la premura de tiempo, tanto para concluir las Cortes como para recibir el servicio, a las que se pretendía conferir en cada legislatura un carácter excepcional, que, sin embargo, su reiteración desmentía. En este sentido, el llamamiento quizá más dramático se realiza en la proposición de 1552, en la que el príncipe Felipe, en nombre de su padre, llega a afirmar que se hallaban ante *necesidad tan urgente cual nunca se hubiese visto ni esperaba verse jamás*⁵⁰. La alusión a que el monarca tendría en cuenta en el futuro la colaboración de sus súbditos entra todavía más de lleno en el terreno de lo puramente especulativo.

* * *

Como recapitulación de lo expuesto, creemos poder afirmar que en las proposiciones se dan cita lo atemporal y la crónica, aunque en proporciones bien diferentes. Mientras lo atemporal —afortunadamente, la parte más breve— con su insistencia en el amor del rey a sus súbditos, la fidelidad de éstos hacia su rey, el deseo de éste de proceder a la recta administración de la justicia y buen gobierno, etc., etc., resulta profundamente insulso; la parte sustancial y más extensa del discurso, la destinada a comunicar los principales acontecimientos acaecidos desde la última asamblea, adquiere un notable interés, más incluso que por lo que

⁴⁹ Ya se ha indicado antes, que durante mucho tiempo la cuantía de la oferta se estabiliza, mostrándose por tanto indiferente a la peor o mejor argumentación utilizada por el soberano en su discurso.

⁵⁰ LAIGLESIA, p. 475.

relata por cómo lo relata. Porque, efectivamente, nos encontramos ante una pieza oratoria más medida y calculada de lo que una primera lectura parecía sugerir.

Una doble finalidad es la responsable del incuestionable esfuerzo dialéctico que subyace en el fondo de todas las proposiciones: la obtención de un servicio y la creación de un estado de opinión favorable a las empresas internacionales de la monarquía. Nos atreveríamos a afirmar, que ese esfuerzo se hace aún en aquellas épocas en que resulta evidente que la cuantía del servicio no va a depender de la habilidad de la corona para pedirlo e, incluso, que se seguiría haciendo en el hipotético supuesto de que se creyese en la inutilidad del mismo para conformar la opinión pública. El caso es que cada proposición cumple el doble objetivo de informar «convenciendo» y de pedir «argumentando», al margen de las mayores o menores posibilidades de conectar con los procuradores presentes en aquella solemne lectura del discurso de la corona.